m²

SUPLEMENTO DE ESTILO Y
DECORACION DE PAGINA|12.
SABADO 11 DE ABRIL
DE 2009. AÑO 11. N° 529

fieltro

la vuelta artesanal e industrial de una técnica textil medio olvidada



Además: La 2548 es inminente, los bordes de Berdichevsky, reflexiones neoyorquinas, el tendal que deja Armani.

Bordes de Berdichevsky

POR MATIAS GIGLI

Empieza Julián Berdichevsky su narración: “Nuestras ciudades sudamericanas están compuestas por muchas voces: edificios e infraestructuras, espacios públicos y privados, ciudades de tramas regulares y de bordes. Bordes que generan un mapa de flujos en los que algunos ganan y otros pierden”. Y esa palabra “borde” es la llamada a distinguir su obra, a marcar una directriz en un corte que a los casi cuarenta años acaba de fijar en una publicación que se compone de un libro diminuto, presentado dentro de una cajita, desplegable, todo en tamaño de tarjeta postal.

Las fotos, dibujos y palabras conforman el texto en su conjunto, muestran la producción de un arquitecto con todos los matices que el ejercicio de la profesión hoy distingue, proyectos, concursos, obras terminadas, intervenciones urbanas, fotos de situaciones cotidianas y concretas, todas tangenciales al tema único de la ciudad conocida y vivida.

Julián Berdichevsky explica su producción como resultado de dos instancias claras. Una es cuando conformó **OSM**, oficina de arquitectura, Julián Berdichevsky, Joaquín Sánchez Gómez, Arquitectos, de 1997 a 2006. Otra es su actual momento organizado como **Barq**, Julián Berdichevsky Arquitecto.

En el otro texto que introduce al libro, Hernán Bisman señala otro aspecto de la ciudad contemporánea y dice que “el rasgo principal de la ciudad contemporánea es su diversidad social. Es la ciudad la que establece la tensión, el contraste, los flojos y las dinámicas del presente. En las megalópolis de Sudamérica esta realidad dibuja un complejo mapa social en el que ricos y pobres están separados por obscenos muros delgados o débiles infraestructuras como vías férreas o autopistas”.

Estas palabras tienen un objetivo que es el de explicar en dónde se debe situar la producción contemporánea de un arquitecto. Cómo tiene que convivir y cuáles son los problemas que trae intervenir en una ciudad hoy. Luego el libro se aboca a mostrar la obra del arquitecto en cuestión.

Y surgen siete trabajos: el concurso sobre la Vinculación peatonal Recoleta de 1989 (con mención honorífica); el Estadio Ciudad de Salta del 2001; el Centro Cultural Catamarca del 2000 (con tercer premio); las viviendas como la Casa Núñez del 2002; una casa en San Isidro del 2004; el Edificio Crámer 1366 del 2006 y el Edificio Conde del 2006.

Los responsables de la edición fueron Bisman Ediciones e Imagen HB.com.





De buen paño

En tiempos en que se impone ser social y ambientalmente responsables, la reivindicación de una técnica y material ancestral como son la lana y el afieltrado suman adeptos entre diseñadores y usuarios. Un recurso natural ciento por ciento nacional.

POR LUJAN CAMBARIERE

Por identitario, ecológico, orgánico, resistente, aislante, económico frente a otros textiles, el fieltro es un recurso que merecía su rescate. O más bien, su reivindicación, con miras a un futuro que exige nuevos escenarios desde lo social y medioambiental para el diseño. Así lo entendió el INTI, desde su Programa de Diseño, quienes junto al área de Textiles y de Envases y Embalajes, el año pasado comenzaron a orquestar un operativo rescate a través del proyecto “Diseño Sustentable: oportunidades de agregar valor a la cadena lanera”. Una investigación que tiene entre sus objetivos servir de fuente de consulta para quienes quieran adoptarlo, sobre todo, para la generación de nuevas aplicaciones en productos de uso cotidiano. Una posta que, por otra parte, hoy comienzan a tomar varios diseñadores que trabajándolo de forma artesanal o industrial lo convirtieron en su fetiche.

Oportunidad

“La lana tiene la ventaja de ser la única fibra natural con la capacidad de formar fieltros o ‘no tejidos’, como también se los conoce, porque su estructura de escamas permite que las fibras formen un encastre muy fuerte cuando se disponen en direcciones contrarias. El fieltro es un paño que se fabrica sin necesidad de pasar por un proceso de tejido porque surge de apilar capas de lana (o pelos) y adherirlas aplicando vapor y presión. El proceso de afieltrado es muy simple, por ello puede realizarse no sólo a escala industrial sino también a nivel doméstico. Además, al evitar el proceso de hilatura se disminuye el valor de los productos”, detallan desde el INTI.

Y agregan con conocimiento de causa que si bien la Argentina es uno de los países productores de lana más importantes del mundo, más del 80 por ciento de su producción se exporta sin valor agregado. “Un contexto”, suma Raquel Ariza, coordinadora del Programa de Diseño, “en el que el fieltro, que permite desarrollar nuevos productos de exportación a partir de lanas de baja calidad, puede representar una gran oportunidad para varias poblaciones de diversas regiones donde la lana cumple un rol fundamental. En un año, por otra parte, dedicado mundialmente a las fibras naturales”.

Bajo costo en relación a otros textiles ya que no requiere del proceso de hilatura. Resistencia y durabilidad que garantiza un ciclo de vida mayor al del realizado en otras fibras como el algodón o el poliéster. Capacidad de aislante térmico (del frío y del calor) y acústico, amortiguante y antiestático. Recurso renovable, fácilmente reciclable y biodegradable. Además de seguro, ya que si bien es inflamable, su combustión no emite gases tóxicos. Y ni hablar de su carga simbólica con una metáfora, la de conglomerar, unir, amasar, que no puede ser más adecuada para los tiempos que corren. ¿Qué más se le puede pedir a un material? Seguramente esto pensaron quienes comenzaron a poner sus manos en esta masa de lana.

Con nombre propio

Si bien es cierto que del lado artesanal es donde se registran más propuestas, simplemente observando algunas de sus piezas –móviles con planetas que orbitan suavemente, pelotas de fútbol esponjosas, flores que acarician y cubre teteras que abrigan– se intuye que lo suyo es diferente. Cuando uno cruza la puerta de su casa-taller y la encuentra entre los vellones de lana colgando de distintos colores, la certeza es completa. Es que en tiempos en que muchos andan tras los fines, Marlene Wentzel, antropóloga, devenida tejedora y creadora de bellos objetos en fieltro desde su línea Tikay, nos revela parte del secreto de su éxito: “Lo que yo más valoro y disfruto es del proceso”. Y de eso da cuenta:

–¿Por qué el textil?

–Siempre me interesó desde lo cultural todo lo que sea tradición y herencia textil. Dentro de la antropología me dedico a la antropología del cuerpo y desde ese lugar siempre me interesaron todas las manifestaciones del hombre. Me gustan mucho las expresiones humanas, las posibilidades que tiene el ser humano de crear. Casualmente o causalmente, ya a esta altura es todo lo mismo, uno de mis hermanos vive en Colombia y hace unos seis años fuimos a visitarlo con mi mamá a Bogotá. Como era una época difícil, donde no se podía salir mucho, dimos con una tejedora increíble, que daba cursos de telar y como era una asignatura pendiente para las dos, hicimos un taller. Ahí me enamoré del tejido en telar, de las lanas, de las fibras naturales. Mi familia tiene un campo en Baradero y había cinco ovejas ociosas, empecé a hacer cursos en la UBA de hilado artesanal, tintes, tejeduría y ahí empezó a tomar forma el proyecto, primero como hobby a la par que iba estudiando y después de forma más firme. Desde siempre me interesó el rescate, pero no tanto desde lo simbólico, porque obviamente soy yo desde mi contemporaneidad, pero sí de todo el trabajo manual, lo textil, lo artesanal y lo natural. Con la cantidad de lanas que exporta la Argentina en crudo, es uno de los principales países exportadores de lana sucia al mundo y el valor agregado que se le puede dar, generando empleo, y lo poco aprovechada que está.



–¿Y el fieltro?

–Lo empecé a conocer en simultáneo como otra posibilidad que se presentaba con la lana virgen y traté de averiguar, pero no había mucha información al alcance. Cuando fui investigando me fasciné. Además es fantástico porque es una propiedad misma que tiene la lana la de afieltrarse. La fibra de la lana a nivel microscópico tiene escamas, esas escamas, al peinarse la lana, cuando esta cardada, se superponen vertical y horizontalmente, y eso se va friccionando con calor y humedad de la mano y va generando una tela compacta. Incluso las ovejas, la parte de abajo se les afieltra, cuando yo traigo el vellón sucio encuentro partes afieltradas. Yo lo trabajo en casa de forma artesanal. Traigo el vellón, lo lavo, lo cardo, y después recién ahí lo afieltro. Agua caliente, jabón, manitos, paciencia y mucho amor. Lo voy friccionando. Después lo seco al sol.

–¿Qué fue lo que te gustó cuando empezaste?

–Me fascinó la versatilidad que tiene. Se pueden hacer infinidad de cosas con él. Primero empecé a hacer piezas en plano: pantuflas, manteles. Y enseguida empecé a ver qué se podía hacer en tridimensión. Cuencos, carteras, floreros, se puede hacer de todo. Es espectacular. En sí, la lana es una fibra muy interesante. Conserva el calor, no se lastima al animal para obtenerla, tiene propiedades de amortiguación por eso se usa mucho en embalajes, es local, una fibra muy valiosa en sí. A mí lo que más me gusta hacer son objetos. Cosas lúdicas, para chicos, que salgan de lo común. Móviles, floreros, macetas, juegos, cestas de frutas y hasta pelotas de malabares o fútbol. También esos objetos que capaz se usaban antes y rescatan el valor de lo simple, el estar en casa, lo natural, lo colorido y afectuoso.



–¿Cómo lo definirías?

–Es muy noble, la calidez que tiene, es un amor. Además la lana tienen su propia personalidad y eso me encanta porque es como que uno deja de ser el creador para ser un transmisor de algo que se manifiesta.

–¿De qué abrevas para diseñar?

–Me gusta mucho la naturaleza y de repente veo una flor y trato de hacerla. Capaz veo una Santa Rita en flor, esa combinación de color, verde con fucsia me imagino cómo sería una alfombra con esos colores.

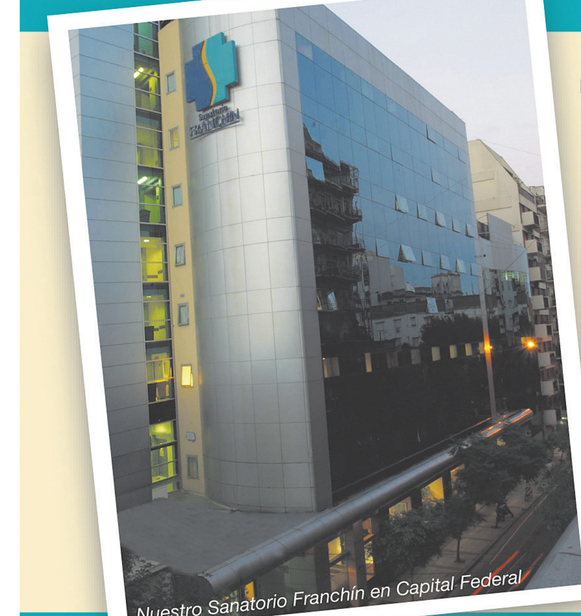
–¿Y la antropología del cuerpo en un mundo tan escindido de él qué papel juega?

–Sí, aunque por otro lado tan dominados por una cultura del cuerpo que estamos. Para mí es necesario volver a trabajar con las manos, hacer un parate de la mente y conectarse con algo que está bastante desvalorizado. Lo ves, todo lo que sea artesanía para nuestra cultura es lo regateable, no se valora el trabajo detrás y no lo digo justamente por mí, que de pronto tengo un capital simbólico que me permite ponerme en otro lugar. Yo valoro y disfruto del proceso. Soy una antropóloga que teje. Por eso, además, cada una de mis piezas tiene una enorme carga emotiva que hace que me cueste venderlas. Las hago con mucho amor y son piezas únicas con una historia detrás. Tikay en quechua tiene dos significados: “Cuando la flor florece, y el otro que es para cuando el adobe endurece. Me encantó el significado combinado, por esto de florecer y consolidarse y lo tomé como algo muy personal para mi emprendimiento, que aspiro que conserve siempre esta dimensión y sentido.

Industrial

Del lado industrial, el equipo multidisciplinar formado por los diseñadores industriales, Pablo di Muzio y Lucila Flombaum, y una egresada de Filosofía y Letras, Natalia di Muzio (hermana de Pablo), optó por la exploración del material buscando trabajar con recursos nobles y pocos procesos productivos. Así nace a mediados del año pasado Planar, una etiqueta que desde que vio la luz se abrió paso con su nave insignia: la cartera Mamuschka. Un diseño en fieltro industrial color natural estampado con tintas al agua que nace a partir de tres recortes, uno dentro de otro, que conforman un kit para el traslado de objetos personales: un bolso, una cartera y un monedero.

“Empezamos a trabajar en junio del 2008. Queríamos hacer algo que vinculara el diseño a lo social. Pablo trajo la idea del fieltro como potencialmente interesante y nos pusimos a investigar. Teníamos claro que queríamos un producto que pudiera ser seriado pero con pocos procesos. La premisa fue trabajarlo como un textil, pero para llevarlo a la vida cotidiana. Por eso decimos que resignificaríamos el fieltro industrial. Ese que suele usarse para la industria automotriz, hacer plantillas de los zapatos de la Antártida, monturas de caballos, embalaje o accesorios de maquinaria”, detalla Natalia.



–¿Cómo surge la Mamuschka?

–Empezamos queriendo hacer un bolso donde se reaprovechara el material, trabajándolo de forma sustentable. Y ella fue el camino para no desperdiciar nada. Primero era más ovalada, pero después hicimos las tres formitas una dentro de la otra y surgió la tres en uno: bolso-bandolera, cartera y monedero. Volumen y funcionalidad aparecen con el uso. Desde el punto de vista técnico, con tres cortes combinados en una misma matriz, sacas los tres productos.

–¿Y el fieltro como material?

–Nos encontramos con el primer abrigo humano, el primer calor que recibe el cuerpo. El que se usa también para los animales como una prolongación de su piel. Luego en el tema del diseño, el criterio de sacar un producto de dentro del otro, fue un plus. También sobre la mamuschka original, que para cada una se desperdicia su interior, nosotros resignificamos aún ese sentido con un aprovechamiento total del material.

–¿La estampa?

–Fue todo un tema, porque decidimos hacerlo al agua. Y nos encantó como quedó. Paralelamente empezamos a pensar en hacer accesorios y para eso elegimos los círculos. Con la misma matriz, a partir de la combinación, obtenemos diferentes productos: posavasos, centros de mesa como la Triada o la Flor. Después vinieron los tapetes, los almohadones, las fundas de almohadón, las pantuflas y un bolso porta-laptop más para varones.

–¿Cómo definirías al material?

–El fieltro toma vida por sí mismo, tiene cuerpo propio. Y te sorprende. Es terrible. Yo ayer lo estaba cortando con tijera y de pronto se ondula todo. Las fibras siguen trabajando. Y además sorprende por la mirada de la gente. Mucha que recuerda y otra que se sorprende.

Un jueves para la historia

POR SERGIO KIERNAN

Esta semana la Legislatura vota extender la ley 2548 a toda la ciudad y por dos años. Puede ser el acto fundacional de un sistema que proteja al fin el patrimonio edificado.



Si el Señor de los cielos –que es arquitecto– y la Legislatura así lo disponen, este jueves habrá sesión y se votará al fin la extensión de la ley 2548. Entre feriados y distracciones diversas, hace tres semanas que los diputados porteños no se reúnen para votar lo que puede ser el nacimiento de una legislación seria para nuestro patrimonio edificado. Así, este jueves puede ser fundacional de un sistema, un futuro código específico y hasta instituciones urbanas. O sea, la definición de diccionario del trabajo legislativo.

La 2548 ya rige en un amplio polígono de Buenos Aires, impidiendo que se demuelan así nomás los edificios anteriores a 1941. Hasta la ley, nada impedía cargarse edificios patrimoniales que no estuvieran catalogados. Pero catalogar un edificio resultaba más difícil que hablar urdu porque la ley fue construida especialmente para que se conserve poco y nada. El pobre vecino que quería catalogar una casa tenía que buscarse un diputado amigable, iniciar el trámite, ir a las audiencias abiertas, hinchar por una votación y, luego, volver a empezar todo. Eso es lo que se llama *doble lectura*.

Esta ley, sancionada en diciembre de 2007, dio vuelta el sistema, ya que declara que todo edificio construido hasta 1940 está en principio inhibido y protegido. Quien quiera demolerlo tiene él que hacer el trámite. Y a no quejarse, porque el trámite bajo la 2548 es mucho más simple y rápido que una catalogación. Es que interviene el Consejo Asesor en Asuntos Patrimoniales –descripto en detalle en nuestra última edición– que tiene un plazo perentorio para contestar si el predio en cuestión es catalogable o no. Si dice que no, el expediente vuelve al Ejecutivo y retoma un trámite normal. Si dice que sí, arranca el de doble lectura en la Legislatura.

La prueba piloto en el sector de la ciudad donde ya rige la ley fue exitosa. No sólo el sector de la construcción no entró en crisis por la protección patrimonial, sino que la energía del Ejecutivo permitió crear un alto grado de seguridad jurídica para las empresas. Es que los ministerios de Planeamiento y Cultura comenzaron proactivamente a compilar catálogos de edificios a catalogar. Ya están terminados los de la zona norte y el centro y, si hay fondos en el futuro inmediato, se iniciarán los de la zona sur, donde igual ya llegan cédulas informando a los vecinos que sus propiedades fueron incluidas en el Catálogo Preventivo. De este modo no hay sorpresas ya a la hora de comprar, porque estas prevenciones quedan registradas como inhibiciones.

Lo que se votará este jueves es simplemente ampliar este sistema a toda la ciudad durante dos años, cosa que se pueda preservar el patrimonio urbano de un modo ordenado y no exista esta rara situación de dos regímenes legales diferentes en una misma ciudad. La idea ya hizo todo el recorrido de comisiones dentro de la Legislatura y los bloques principales ya dijeron explícitamente que la votarán sin problemas.

Esto muestra una gran madurez y la capacidad de ignorar lobbies bastante torpes como el organizado por el CPAU, el colegio de arquitectos y urbanistas que emite matrículas y funciona como representante de las grandes constructoras. De toda la clase profesional, el CPAU fue la única institución en concluir en que los límites legales a la piqueta son un peligro, postura ideológica común a la docena redonda de los mayores estudios, los que hacen megashoppings y torres, necesitan mano libre para destruir edificios y detestan por principio las leyes patrimoniales.

Los argumentos repiten pavadas como que la ciudad "debe seguir viva" e inventan números enormes de edificios a preservar, sin dar jamás fuentes. Una ciudad como Buenos Aires no puede ser un museo ni queriendo: es materialmente imposible. Pero las grandes constructoras saben que sus grandes clientes quieren *ubicación*, esto es zona norte, donde también casi lo único que queda para construir son edificios patrimoniales a demoler. El CPAU además traiciona los intereses concretos de sus miembros menos millonarios y poderosos, que se benefician directamente de una ciudad con alturas más bajas y edificios catalogados. Es que demoler y alzar torres es un negocio de grandes capitales, reservados a empresarios de porte que tienen a los arquitectos como empleados. Hacer obras más chicas, reciclar y reutilizar, restaurar y vender son negocios de menor capital, que permiten la subsistencia de los arquitectos independientes.

Estos son los intereses económicos detrás de los lobbies que apretaron en la Legislatura para frenar la ley de patrimonio. El resultado de esta legislación no será la muerte de ningún sector económico sino un cambio de énfasis. Por ejemplo, llevar el eje de la construcción a las grandes zonas de la ciudad que casi no tienen densidad, sobre todo en el cuadrante suroeste. Esto es un objetivo histórico que nunca se cumplió porque el negocio pasa, como se dijo, por la *ubicación*.

Cuando se preservaron las grandes ciudades del mundo hubo el mismo tipo de protestas del mismo tipo de grandes empresas. Lo que tienen en común es el concepto *amazónico* de la ciudad: lo único que se les ocurre es destruir una parte, arruinarla, hacer su negocio e irse. Esto es incivil e incivilizado, y se cae de viejo. Este jueves tenemos los porteños la chance de mostrar que ya pasamos esa etapa de nuestra historia y estamos abriendo otra.

El tendal que deja Armani

La firma Clothing Brands acaba de anunciar que cerrará el local de Emporio Armani, en la avenida Alvear, debido a trabas en la importación. Según parece, Armani le impide o demora fabricar en el país, y el Gobierno ralenta la llegada de importados para apurar el reemplazo de importaciones. Clothing Brands pertenece al Exxel Group, maneja en la mayoría de América latina las marcas Armani, Penguin, Lacoste, Cacharel y Paula Cahen D'Anvers, y facturó el año pasado 140 millones de dólares.

Una intriga que deja esta movida es qué será del local en la avenida Alvear, inaugurado en 2001. La inauguración fue el remate de un largo y caro acto de vandalismo cultural impune: la destrucción de un edificio clásico de Alejandro Bustillo construido como un hotel de ville para una familia. Ya en vida el maestro tuvo un disgusto con este edificio cuando los dueños originales le agregaron un piso. Bustillo, cuenta la anécdota, se apareció un día con un albañil, una escalera, un balde de cemento y una cuchara. Instalada la escalera, el albañil se subió y tapó su firma. Este acto de protesta del arquitecto todavía puede verse a la derecha de la fachada, donde se adivina el nombre de Bustillo bajo una capa de cemento incompleta.

Lo que hizo Clothing Brands para su local de Armani fue una destrucción completa del edificio, cuyos interiores fueron totalmente arrasados. Lo que fue gran arquitectura quedó en plantas libres y cielorrasos de Durlock, con esa profusión de lamparitas que los comercios adoran. Ni la fachada se salvó, porque todas sus aberturas fueron arrancadas y reemplazadas por paños fijos de vidrio, como vidrieras. En planta baja fue peor, porque se recortaron las partes bajas de los vanos para crear vidrieras a ras del piso. En todos los casos se retiraron las herrerías originales.

Ahora Armani se va y nos deja esta cáscara vacía, esta maqueta rota de lo que fue un Bustillo. Esto es literalmente colonial, es caer, cortar los árboles o extraer el oro para luego irse y dejar el tendal a los nativos. Y es un acto impune de barbarie cultural que nuestra anomia hace legal y que la mentalidad corsaria hace normal. Algo nos dice que el grupo Exxel, Clothing Brands o Armani ni piensan reparar el edificio y dejarlo como lo encontraron. Simplemente, se irán.

O sea, muchas gracias.

Una reflexión en Nueva York

Años luz de esta Buenos Aires poluida, en las ciudades civilizadas del mundo se debate cómo hacerlas más viables en términos de energía y habitabilidad. Un ejemplo de esta discusión es un proyecto que está llevando a cabo la radio pública de Nueva York, Nprny, dándoles cámaras de video a arquitectos y críticos de arquitectura para que construyan "ensayos" sobre su ciudad. Uno de los temas es el consumo de energía, el otro es el de la simple habitabilidad, la calidad de vida en el contexto urbano.

El protagonista de esta semana fue Paul Goldberger, el crítico de arquitectura de la revista *New Yorker*. Goldberger es un hombre bastante apacible en sus opiniones y un docente natural, muy hábil a la hora de resumir cuestiones. Este miércoles arrancó diciendo que Nueva York es una ciudad muy habitable y con varias ventajas muy marcadas respecto de casi todas las demás ciudades de Estados Unidos. Dos elementos se destacaron: el nivel adecuado de densidad urbana y el uso del transporte público.

Como subrayó Goldberger y puede comprobar cualquiera que visite Manhattan, la ciudad tiene una muy buena ecuación de densidades, con zonas muy compactas alternando con otras no tanto. Yendo de sur a norte, o del downtown al uptown, se arranca con un bosque de rascacielos, se tiene una pausa en la zonas de los Villages y Sohos, se vuelve a subir pero no tanto en el midtown y se continúa con densidades de medias a altas hasta Harlem, que vuelve a bajar en densidades y alturas medias o bajas. Esto permite variación y descansos, además de la opción de vivir apiñado o no.

Para que este esquema funcione se necesitan buenas veredas y buen transporte público. Nueva York tiene, excepto en su bajo colonial, veredas muy anchas, y tiene un subte incomparable. Lo que pocos notan es que el sistema tiene cuatro vías y no apenas dos, como la mayoría del mundo, con lo que se pueden armar trenes express en horas pico. Estos trenes permiten el milagro de ir de, digamos, el Centro a Castelar en quince o veinte minutos, parando en todas hasta Congreso, saltando a Once y luego siguiendo derecho hasta Liniers, donde se vuelve a transformar en un local. Así se entiende que tantos neoyorquinos se enorgullezcan de ni siquiera tener un auto.

Goldberger señaló además que ya pasó la hora, en términos de energía, del curtain wall de vidrio y metal. Es una tecnología que puede resultar barata para edificios en altura, pero que es un desastre en términos de uso y mantenimiento porque resulta tan difícil de calentar como de enfriar, con cuentas carísimas de energía. Ahora que Argentina deja de subvencionar la energía se podrá percibir la diferencia por aquí también. El crítico agrega otra cosa muy cuerda: preservar edificios es la manera más "verde" de administrar una ciudad, porque el impacto energético de preservar es ínfimo frente al de construir a nuevo. Además, se podría agregar, el edificio promedio con más de cincuenta años de edad es más isotérmico que la obra nueva promedio.

Todo esto es, en términos porteños, mera literatura. Aquí vivimos en la rica sopa cancerígena de los colectivos que o son obsoletos y mal mantenidos, o salen de fábrica sin aislación sonora en sus cajas de motor y sin la menor preocupación por el humo. Esto es una cuestión de costos, ya que las mismas empresas que producen estas porquerías por aquí producen estupendos colectivos en sus países de origen, silenciosos e inodoros. Como la prioridad ha sido por años y años mantener el boleto barato, ya nos acostumbramos a vivir entre el humo más dañino que se pueda concebir.